

exigencias del momento. Nada tiene pues de extraño el que los gobernantes de Europa hayan conservado el sistema de la observación, de la información subvencionada y el espionaje cotidiano. Están en su derecho, aunque es de advertir que en algunos casos violan con estas prácticas tratados vigentes. Acaso tal sistema haya venido a ser una necesidad espiritual de gentes degeneradas. Uno de los primeros síntomas de la paranoia es la manía de las persecuciones. Pero es impropio de pueblos jóvenes adquirir esta clase de dolencias. Sorprende que en la América Española se hayan apresurado los Gobiernos a imitar a Europa en el fárrago de ineptas restricciones a la libertad de locomoción. Acaso en el Viejo Mundo unos pueblos para defenderse de otros cierren sus fronteras, temerosos de que el país vecino desagüe en ellos un exceso de población compuesta de seres inhábiles, de criminales natos, de agitadores y gentes de la laya. Acaso el peligro exista. El recuerdo histórico nos autoriza para creer lo contrario. Cuando terminó la guerra de secesión en Estados Unidos, el elemento más sano, más fuerte, más valeroso espiritualmente, y más noble, los hombres que amaban un ideal y no podían vivir en un medio que les recordaba a cada instante su condición de vencidos fueron los que abandonaron el territorio de su patria para ir a aplicar su esfuerzo en favor de la civilización a otras regiones. Además, es constante que de los países oprimidos sistemáticamente, de los pueblos sometidos a tiranías ignominiosas o desagradables se escapa lo mejor de la población en busca de mejores climas intelectuales y morales. La hez de las sociedades se acomoda pronto y fácilmente a toda clase de tiranías y de regímenes aviesos. En ellos medra a las mil maravillas el elemento ruin a quien se le ofrecen a manos llenas de parte del elemento oficial todo género de cucañas, como en un país de Jauja. Cuando Italia gemía bajo el yugo irracional e inhumano del Austria, peregrinaban en el extranjero, Giordani, Garibaldi, Mazzini. Espíritus menos templados se aclimataban fácilmente a la atmósfera de espías y delatores y a veces se congraciaban con el austriaco desempeñando remunerativamente ese oficio en los salones de la alta sociedad lombarda, piemontesa o toscana.

No deben temer las naciones hispano americanas que en este período malsano de la historia europea porque vamos pasando se escapan del viejo mundo hacia el nuevo los malos elementos en busca de nuevas patrias. Lo que en estos momentos saldría de Europa, si no hubiera numerosas y absurdas restricciones al otro lado del Atlántico, serían las gentes de templado

carácter a quienes hostiga diariamente el espectáculo de la injusticia, la orgía de las desigualdades, la amenaza, como en Hungría o en Baviera, de perder la vida ingloriosamente en la encrucijada, con regocijo de las gentes que remunerar al delator con títulos y con papel moneda, dos valores que sufren diariamente de las mismas alternativas.

Por una feroz ironía de las circunstancias es este el momento en que la América libre, es decir, la América Latina, debería abrir sus fronteras, suprimir el pasaporte y las aduanas contra el hombre, a reserva de restablecerlas cuando Europa vuelva a ser tierra de libres, se haya desembarazado del delator, y se haya repuesto de esta vergonzosa manía de las persecuciones.

El espectáculo asume caracteres cómicos sin dejar de ser irritante y penoso. El señor Oscar Levy, traductor de Nietzsche, escritor apreciable, súbdito alemán que residió en Inglaterra por largos años sin nacionalizarse, y que hubo de cambiar su domicilio cuando estalló la guerra para ir a Suiza, donde, según parece, se ocupó preferentemente en hacer propaganda aliadófila, ha recibido ahora, al volver a su país adoptivo, notificación de las autoridades británicas de que salga de Inglaterra sin demora porque siendo súbdito alemán, no le es permitido residir por ahora en el territorio de la Gran Bretaña. El señor Levy no puede

volver a Alemania, porque su patria, ofendida tal vez por sus actividades en favor de los aliados, ya no lo considera ciudadano alemán. Le es imposible volver a Suiza porque los cónsules de esa República en Inglaterra, le exigen pasaporte firmado por las autoridades de su patria. La misma exigencia hace Estados Unidos por medio de sus agentes consulares, de modo que basta hoy negarle por leyes o decretos ridículos la ciudadanía a un individuo para hacerle imposible su residencia en el planeta.

Al mismo tiempo que el señor Levy, favorecido por una enfermedad obtenía del gobierno británico permiso para quedarse en su cama (única patria que le resta) por algunos días, a un oficial del ejército inglés se le negaba entrada en Nueva York, porque, aunque hijo de ingleses, había nacido por casualidad en Egipto. Algún diario de la tarde en Londres comentó con amargura el estúpido incidente y acabó preguntando «¿qué se ha hecho, entretanto, del decantado humor norteamericano?» Habría sido fácil aunque inútil contestarle: «Está en la cama de la casa donde reside temporalmente, por condescendencia del gobierno británico, el señor Oscar Levy, ciudadano de un mundo culto que le niega dos palmos donde poner los pies».

(*La Nación*. Buenos Aires).

Envío de Roberto Martínez Solimán

## El espíritu de Jan Amos Comenius en la educación de la República Checoslovaca

Por B. STEPANEK

(Resumen de OMAR DENGÓ)

**E**L cumplirse los doscientos cincuenta años de la muerte de Comenio, la nación checoslovaca conmemoró reverentemente, con una fiesta nacional, el aniversario. El mundo civilizado participó en el homenaje. Así continúa viva la gloria del hombre a quien Michelet llamó el más hermoso genio y el Galileo de la educación. Así se ha cumplido la profecía de Leibnitz: el pueblo de todas las naciones recordará a Comenio, por lo que hizo, por lo que esperó, por lo que deseó.

El rasgo característico de Comenio, lo que dió impulso a todas sus actividades, políticas, filosóficas y particularmente pedagógicas, es su sentimiento de profunda humanidad, aquel alto y noble sentido del internacionalismo, íntimamente asociado a su fervor patriótico. La idea de humanidad es la base de su obra y de su vida. El Secretario de Estado Drtina lo ha dicho admirablemente: todos sus esfuerzos

por la paz se inspiran en aquel omnicomprendido sentido de la humanidad.

Comenio mismo lo ha expresado: Todas las naciones serán entonces como una raza, una nación, un hogar, una familia, una divina escuela! La vida entera será una escuela, un proceso de constante ascenso hacia la perfección en sabiduría, virtud y piedad.

La idea de humanidad de Comenio armonizaba con un patriotismo limpio de odios, el cual levantaba la nación checoslovaca hasta un prominente lugar en medio de las otras naciones, no por obra de la fuerza, sino de la riqueza espiritual, por medio de la alteza de su educación y de la nobleza de su carácter.

Después de la batalla del Monte Blanco en 1620, la nación checa cayó por tres siglos bajo la garra brutal de la dinastía de Hapsburgo, y las ideas de Comenio no pudieron germinar. Todavía en 1892 el gobierno austriaco